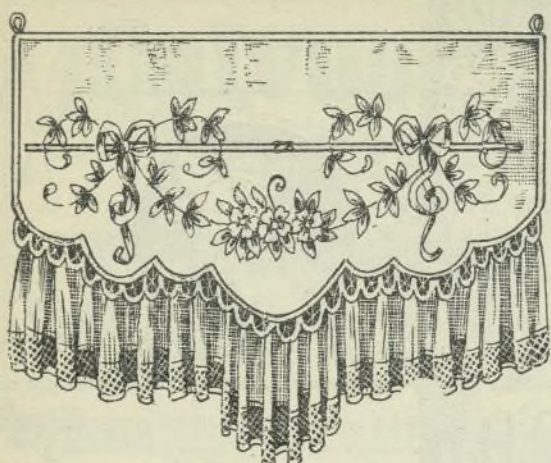




REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de último chic



4.—Velo de butaca

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La aguja de zurcir, por Andersen. — Pensamientos. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (*continuación*). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de último chic. — 4. Velo de butaca. — 5. Decorado de balcón o ventana estilo moderno. — 6. Bolsa de ganchito bordada de perlas. — 7 a 13. Trajes de baño. — 14 a 18. Blusas variadas. — 19 a 22. Trajes de novia y de cortejo de boda. — 23 a 26. Trajes de excursión.

HOJA DE PATRONES NÚM. 796. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 796. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de hechura de sastre.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 796. — Chaqueta, chaqueta túnica, blusa y delantal para niña. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 796. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de hechura de sastre, de costilla de caballo de color azul antiguo. Chaqueta con haldeta en forma, adornada con un cuello de raso y orlada lo mismo que la falda, de forma adecuada a la chaqueta, de galones de trencilla negros. Botones negros como todo el adorno.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE ÚLTIMO CHIC.

I. Traje de jerga muy fina de color azul rey, con ancho cinturón, faja de tafetán del mismo tono; cuello y bocamangas de tafetán blanco orlados con un bias de tafetán a cuadros blancos y azules.

II. Traje de tafetán flexible de color vellón tornasolado de rosa con florecillas bordadas de tonos muy vivos. Cinturón de raso de color azul pavo real; cuello Médicis de encaje muy fino de color crema. Falda con doble túnica, adornadas ambas de un dobladillo calado.

III. Traje de hechura de sastre de fantasía, de gabardina de color azul pato, guarnecido de tafetán negro en el escote y las mangas dispuesto en forma de anchos rizados. Chaleco de tafetán blanco, muy pequeño, bordado con trencillas azul pato. Volante de encajes de Malinas en el borde inferior del chalequito y peto de tul blanco.

4. LABORES PARA LAS DAMAS. Velo para butaca. — Este modelo se ejecutará sobre tela antigua blanca o de color crudo, con bordados ligeros, ya sea un bordado a la inglesa, al plumetis o al pasado. Nuestra hoja de dibujos lo reproduce de tamaño natural.

Los bordes exteriores del velo de butaca, están orlados de una trencilla inglesa que tenga un centímetro de ancho. Un volante de muselina con un encaje por el borde, termina la labor que en cada extremidad se forma una presilla para prenderlo a la butaca.

5. DECORADO DE VENTANA ESTILO MODERNO, muy fácil de ejecutar; basta hacerse con una guarnición Catón estilo inglés de cobre bruñido; las grandes cortinas se hacen de paño, raso o terciopelo, forradas de un color combinado con armonía. La ancha tira de la parte alta es de la misma tela de las caídas que penden a cada lado de la ventana, al nivel del friso. Nuestra hoja de dibujos fuera de texto, presenta una reproducción del bordado que puede hacerse rococó o al pasado. Sobre los bordes superiores se pasa una franja de seda. La aplicación sobre la tela es sumamente sencilla; se coloca la tela muy lisa sobre una mesa, se pone el dibujo encima, se frota bien y ya no queda más que terminar la labor.

6. BOLSA DE GANCHITO BORDADA CON PERLAS. El punto de ganchito se hace con cordón encarnado o verde aceituna y perlas o cuentas de acero. Los broches que forman el cierre de la bolsa son de metal niquelado o plateado. Antes de empezar, ensátese las perlas por una seda; en seguida comiencese la bolsa, que se compone de puntos sencillos, como se van

deslizando las perlas por detrás del punto del ganchito, sin preocuparse con otra cosa más que con ir las colocando en su sitio; el trabajo de ganchito es siempre igual y liso.

Cuando la bolsa queda terminada se la vuelve del revés y el lado bordado con perlas que se halla en el anverso de la bolsa es la cara principal.

7 a 13. TRAJES DE BAÑOS DE MAR.

I. Traje de baño para señora compuesto de una falda y calzón bombacho, de jerga, que se realzará de un galón de fantasía. Cuerpo ablusado bastante escotado.

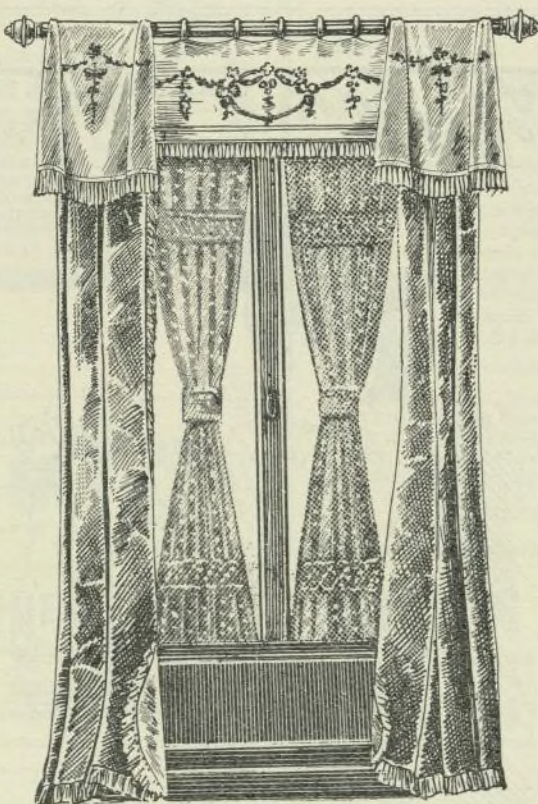
II. Traje de baño para señora, formado de una túnica muy larga que disimula, ocultándolo, el calzón bombacho. Cinturón, borde de las manguitas y cuello de tela a cuadros o escocesa.

III. Traje para señorita, de jerga o alpaca, guarnecido de bieses de un color llamativo, lo mismo que el escote redondo y el cinturón.

IV. Elegante traje de baño de alpaca o franela blanca. Blusa con cuello de marinero y falda semilarga, guarnecidos de bieses de fantasía o escoceses y cinturón de color celeste o color de cereza.

V. Traje de baño para señora, estilo ruso: calzón flotante y cinturón y bieses de galones de fantasía.

VI. Traje de hechura princesa, realzado con galones, bor-



5.—Decorado de balcón o ventana estilo moderno

dados de trencilla y aplicaciones también de trencilla, en el escote y borde del delantero de la blusa larga. Calzón ajustado por una charretera bordada de trencilla.

VII. Traje de baño para señora, de túnica muy larga abrochada a un lado, orlada de galones de fantasía, escote redondo y cinturón adecuado a los galones que guarnecen el traje.

14 a 18. BLUSAS VARIADAS.

I. Blusa de crespón de seda blanco adornada con calados y con un cuello de organdí y botones de cristal.

II. Blusa de tul de nansú adornada con entredoses de encaje de Cluny y bonitos bordados al plumetis.

III. Blusa de crespón de seda color de rosa con flores; adornada de bocamangas, cuello y lazo de tafetán negro. Cuello de Médicis de tul.

IV. Blusa de linón blanco bordado, de hechura kimono, guarnecida de tul plegado y entredoses de encajes de Valenciennes.

V. Blusa de organdí guarnecida de calados y botones oliva de ámbar.

19 a 22. TRAJES DE NOVIA Y DE CORTEJO DE BODA.

I. Capa de raso negro, guarnecida de un ancho rizado de tafetán glacé color de violeta y plata con flores bordadas. Cuello Médicis de encaje.

II. Traje de doncella de honor, de crespón de China blanco y encajes también blancos. Ancho cinturón de tafetán glacé azul Nattier.

III. Traje de novia de raso flexible. Cuerpo y túnica de velo de seda blanco; coselete formando dos picos y haldetas de encaje muy fino. Cuello Médicis de tul.

IV. Traje cuya falda es de tafetán listado Luis XVI, con florecillas; cinturón con largas caídas, de raso verde imperio, dejando sobresalir una ancha cabecilla de la falda. Cuerpo de encaje con rizados de tul que rodean el escote y las mangas.

23 a 26. TRAJES DE EXCURSIÓN.

I. Traje de hechura de sastre, de tela escocesa. Chaqueta fruncida a un ancho cinturón de jerga muy fina azul, adornada con un cuello de tela escocesa como la falda.

II. Capa de paño gris muy claro, con tiras cruzadas sobre el pecho de la misma tela. Cuello y botones de mar negro.

III. Traje estilo de sastre de tela a cuadros. Chaquetilla recta abierta sobre un pequeño chaleco de piqué blanco; falda con túnica fruncida y cuello y bocamangas de terciopelo negro.

IV. Traje de hechura de sastre, de gabardina color de almá-ciga. Falda ligeramente abierta por el borde, adornada con doble volante en forma. Chaquetilla con cuello de chal de terciopelo color de cereza y cuello Médicis de guipur de color crudo.

CRÓNICA DE LA MODA

Es sabido que el espíritu femenino, dotado para las luchas psicológicas, para la actuación en las esferas del sentimiento, sabe triunfar, sostenerse, marchar en las situaciones delicadas, comprometidas, sabe sortear las situaciones en que el hombre graciosamente no saliera airoso. Pero ese mismo su aplomo femino exige de ella un cuidado delicado y un previo estudio de los elementos de la moda y de las cualidades individuales para que deje de producir resultados negativos o contraproducentes y los obtenga aceptables.

Con la moda corriente tenemos el cuadro de lo grotesco-femenino ante nuestros ojos, es decir, ante los ojos de los hombres, porque las mujeres, o al menos una parte de ellas, no verán en sus compañeras de sexo así prendadas el efecto causado a los individuos del otro sexo. Y en verdad que si para ciertos hombres existirá con ello motivo de espectáculo por esas calles y salones, no deja de resultar lamentable el eclipse de lo gracioso, de lo bello, de lo armonioso y dulcemente atractivo sobre la figura femenina. Si al contrario fuese lo ocurrido, si los ojos de las mujeres contemplaran sobre la figura masculina lo excéntrico, lo grotesco, nadie negará que el resultado fuera menos sensible, porque en materia de gracia la mujer de todos los tiempos está acostumbrada a contemplarla en grado de inferioridad en su compañero de existencia, y a sonreír interiormente a veces de ésta su inferioridad.

La moda no tiene el derecho de desfigurar, de dislocar, de caricaturar la figura humana, la forma superior del globo. En buena hora que trate de obtener una variante, pero no una alteración, una desnaturalización.

La moda corriente se hace reo de lesa estética. Ella atenta a la belleza femenina; ella hace de la mujer una virago, un ser excéntrico.

La mujer debiera seguir la moda siempre que ella realizase el ideal del embellecimiento aparente o embellecimiento efectivo, o embellecimiento social, como quiera llamársele al resultante del traje necesario, imprescindible, creado por el genio del hombre, con los materiales naturales presentados a su dispo-



6.—Bolsa de ganchito bordada de perlas

sición, traje que le ha sido impuesto, y que ha sido posible obtener con los dones de la inteligencia y del sentimiento, que ha recibido de la Gran Causa creadora.

Se ha dicho recientemente, por testimonio de algunos autores de modelos de moda, que si las llamadas creaciones han tomado últimamente un sesgo de primitivismo, una fealdad manifiesta, es debido a la



7 y 8.—Trajes de baño

influencia ejercida por las exigencias de algunas Sud-americanas del gran mundo. A ser ciertas las declaraciones susodichas, el genio francés residenciado en París ha dejado caer de sus manos el cetro de la moda, que hasta hace pocos años había poseído. El sentido del buen gusto, aun dentro de lamentables exageraciones, ha sido substituído por atentados contra la personalidad estética femenina. Precisa, pues, que una reacción sea operada y que las tradiciones clásicas de la forma en el vestir, que no están en pugna con la elegancia, la aristocracia, la esquisitez de lo natural, que no la presentan desvelada, sino que delicadamente la indican, vengan a desterrar por



14.—Blusa

exóticas, por inadaptables, por su inferioridad estética a los modernísimos modelos.

Mas... ¿es posible abrigar esperanzas de ese cambio, si primero no viene a producirse otro cambio en el espíritu de las contribuyentes a la moda, un cambio en la potencia de selección estética?

Cuando las mujeres hayan aumentado su capital intelectual y sentimental, es decir, cuando una posible instrucción sobre la moda y el arte



9 a 11.—Trajes de baño

de vestir haya venido a variar su modo de ver y de sentir sobre el particular, la moda no revestirá nunca ciertos caracteres de exageración y de fealdad.

Que es posible que la mujer llegase a poseer en general una instrucción sólida y refinada sobre el arte de vestir, no ha de haber duda alguna. El buen gusto existe en ella en germen; falta solamente desarrollarlo. Ella posee el arte de la delicadeza, de la elegancia, la preocupación de la gracia, de la que procura no hallarse exenta.



15.—Blusa

Mas es preciso que la enseñen los fundamentos científicos de la estética, la geometría de la forma humana y las deducciones que de ello se desprenden.



17 y 18.—Blusas



12 y 13.—Trajes de baño

den. El arte del corte, que constituye un procedimiento sobre una base incompleta y empírica, hay que elevarlo a un sistema racional y científico de que ha de estar penetrado para que los resultados sean siempre luminosos y puedan resistir a toda prueba y discusión.

Además el estudio de los colores y de la expresión de esas distintas modalidades lo han de aprender también las mujeres como una materia asequible a ellas y como un necesario complemento a su educación.

Al concluir, digamos: El arte del vestir debe ser una de las materias de que cada mujer posea el secreto, la



16.—Blusa

razón de ser, la técnica. Sea o no ella la que por sí misma ponga a la práctica sus conocimientos, es decir, ejecute o no su propio traje, es preciso que ella se halle en situación de comprender los elementos que para la ejecución del mismo le son convenientes y para imponer a la fantasía de los autores de los modelos de la moda límites razonables.



19 A 22. - TRAJES DE NOVIA Y DE CORTEJO DE BODA



Gaston DROUET, Editeur

EL SALON DE LA MODA.

Montaner y Simon Editores Barcelona

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Gautaubege, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
a la "Crème Simon"

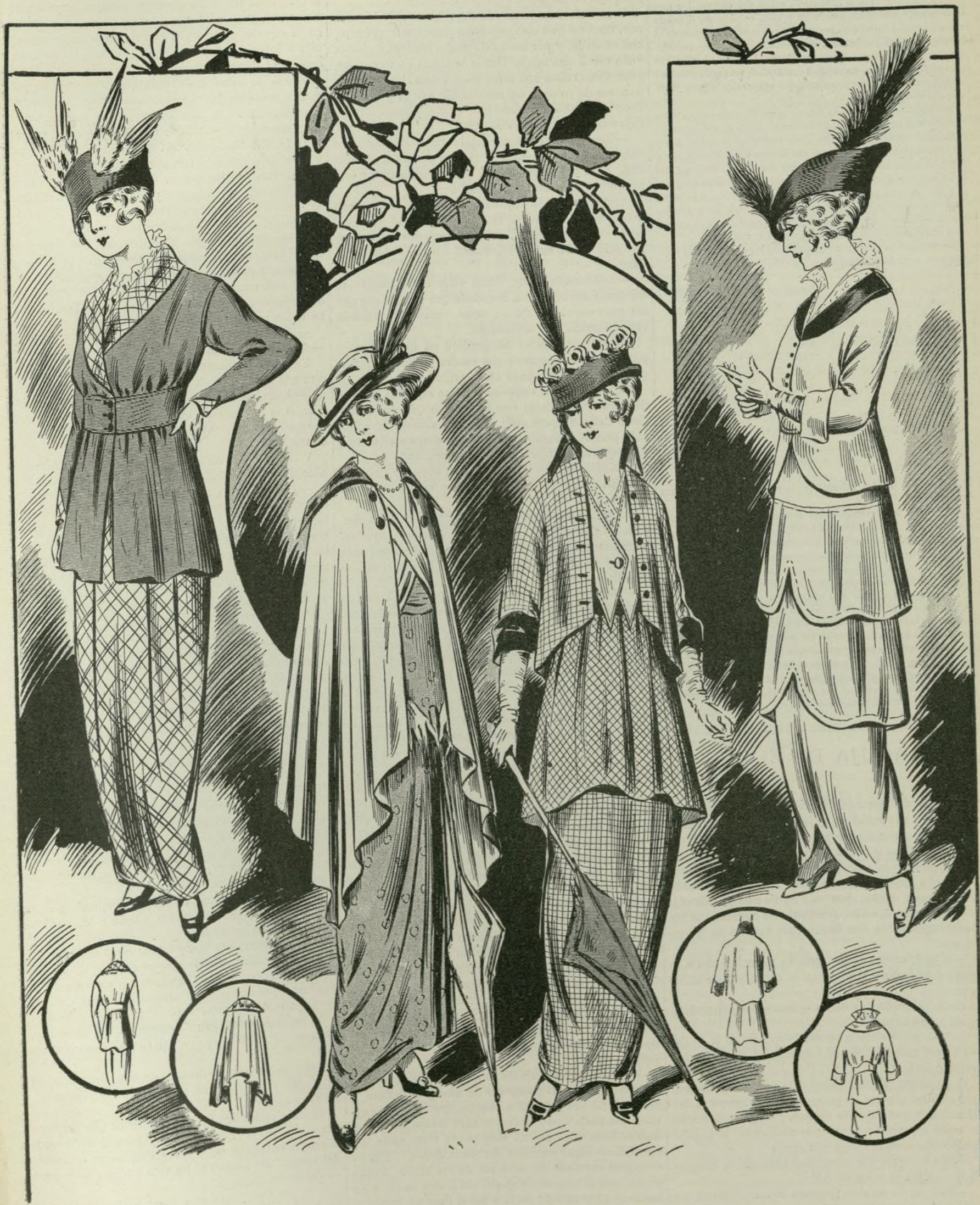
Ayuntamiento de Madrid

Pl. 1468

Reproduction Prohibida

XXIX-796





23 A 26. - TRAJES DE EXCURSIÓN

CONSEJOS ÚTILES

La alimentación es la base de la salud del cuerpo. De una alimentación metódica, suficiente y bien combinada depende el buen estado físico del cuerpo, el buen funcionamiento de la mente; y de una y otra cosa, el valor útil de nuestro trabajo. Puede, pues, afirmarse que, cuando un hombre se alimenta por modo deficiente, en calidad o cantidad, no puede producir nada bueno, ora se ocupe en trabajos corporales, ora se dedique a trabajo intelectual.

Podemos considerar el estómago como un hogar cuyo combustible son los alimentos. El fenómeno de la digestión en sus reacciones químicas, produce, junto con la respiración, el calor necesario al mantenimiento del cuerpo y a la asimilación y disminución de los diversos alimentos absorbidos. Este calor es calculado en calorías por los fisiólogos, que estiman en 2,000 a 3,000 calorías la medida necesaria al hombre, en su pleno desarrollo, para conservar la salud. Las calorías son evaluadas por 100 gramos de alimento. Así, por ejemplo, cuando comemos 100 gramos de pescado, obtenemos 112 calorías.

Se consigue la cifra de 2,800 calorías, ingiriendo en el estómago las cantidades siguientes:

Pan.	600 gramos	1,530 calorías
Carne.	280 -	263 -
Pescado	50 -	56 -
Huevos	30 -	45 -
Legumbres frescas.	200 -	74 -
Patatas.	50 -	41 -
Féculas.	40 -	144 -
Fruta.	40 -	12 -
Manteca.	20 -	150 -
Queso.	10 -	46 -
Azúcar.	20 -	76 -
Vino	660 -	363 -
Totales	2.000 gramos	2.800 calorías

o sea un total de dos kilogramos de substancias alimenticias por día.

El hombre cuyas ocupaciones son sedentarias, no necesita esta cantidad de alimentos. Le bastan los que siguen:

Pan, 350 gramos; carne, 150; legumbres frescas, 100; patatas, 200; leche, 250; azúcar, 40; manteca, 25; arroz, 15; fruta, 100; vino, 500; café, una taza.

Esta enumeración representa 2.100 calorías.

Inversamente, el que está obligado a ejecutar un trabajo largo y fatigante, debe aumentar estas dosis hasta obtener de 3.200 a 3.600 calorías y buscar este aumento, no en la carne, que no proporciona más que un 10 por 100 de los albuminoides, hidratos de carbono y grasas que son necesarios, sino mejor en el pan, leche, huevos, arroz, habichuelas, lentejas, frutas y azúcar, que contienen de ellos un 23 por 100. Un kilogramo de leguminosas, habas, judías, lentejas, guisantes, equivale a tres libras y media de carne.

LA AGUJA DE ZURCIR

Trátase de una aguja petulante y vanidosa que desconocía el verdadero objeto para que había sido fabricada y que creía no debía ser empleada más que en labores finas o bordados primorosos.

—Cogedme con cuidado—decía a los dedos cuando de ella querían servirse. ¡Por Dios! no me tratéis de cualquier modo. ¡Soy una aguja fina y delicada!

—Esa es tu opinión, ¿verdad?—le contestaron los dedos cogiéndola con fuerza para que no se les escapara.

—Mirad, mirad cómo arrastro mi cola—decía la aguja refiriéndose al hilo que le acababan de enhebrar.

Hecho el nudo, los dedos aplicaron la punta de la aguja a una zapatilla.

—Pero, ¿qué viene a ser esto?—preguntó la aguja. —¿A qué trabajo piensan dedicarme? ¿Quieren hacerme pedazos?

Y, en efecto, así fué: atravesó la tela con facilidad; pero el hilo, que era un poco grueso, encontró serias dificultades que no pudo vencer, y después de forcejar unos momentos acabó por romperse, al mismo tiempo que rompía el ojo a la aguja.

—¿No lo decía yo?—exclamó llorando la desgraciada. —¿Qué va a ser de mí?

—Esta aguja no sirve ya para coser—dijeron los dedos y la arrojaron al suelo.

La criada de la casa que por casualidad la vió, recogióla y le puso un poco de lacre en el extremo roto, sujetándose con ella el pañuelo que llevaba cruzado al pecho.

—¡Oh! héteme ya convertida en alfiler de pecho

—dijo para sí la aguja. —Bien sabía yo que llegaría a conquistar distinguido honor algún día. El verdadero mérito consigue siempre abrirse paso.

Y se refa interiormente para que nadie la viese reír, cosa en que las agujas han puesto siempre especial cuidado, y por eso nadie puede jactarse de haber visto reír a una aguja. Desde la altura en que se encontraba, creíase una aristocrática dama haciendo los honores de su casa en espléndido salón; y dirigiéndose a un alfiler dorado que estaba junto a ella, le dijo con tono un tanto enfático.

—Seguramente no me equivoco al suponer que sois de oro. ¿Que tenéis la cabeza pequeña? Es verdad; pero tened en cuenta que no a todas les está permitido lucir una cabeza de lacre.

Al decir esto, la orgullosa aguja lanzó un agudo grito, desprendiéndose del pañuelo: de lo que ella, en su ciega petulancia, creía poco menos que un regimiento fué a caer a los sucios abismos del fregadero.

—Afortunadamente, lindo viaje voy a hacer—se dijo para sus adentros, creyendo que se paseaba por las poéticas aguas de un canal veneciano, cuando era arrastrada por las lavazas.

—Supongo que no me perderé en el camino,—pensaba, sin imaginarse que estaba realmente perdida en las tinieblas de la alcantarilla.

Algo raro debía experimentar en aquellas profundidades, para pensar con frecuencia que era demasiado delicada para vivir en aquel mundo desconocido para ella, donde observó que pasaba inadvertida y sin que nadie fijara en ella su atención.

—Nadie aquí se imagina quien soy—se decía—Afortunadamente yo lo sé bien, y esto siempre es un consuelo.

Y gracias a su orgullo la aguja conservaba su agudeza y presunción. Estropajos, astillas, pajuelas, fragmentos de periódicos e infinidad de cosas más flotaban junto a ella en aquel tenebroso mar de inmundicia.

—Buen viaje llevan esos trastos—dijo para sí la aguja al verlos pasar.—Yo aquí me quedo clavada. Allí va una paja dando vueltas de un lado para otro y sin saber adónde se dirige. ¡Cuidado, amiga! no piense usted tanto en sí, que va usted haciendo eses, y se va a destrozarse contra alguna piedra. Aquí viene un pedazo de periódico viejo. Miren qué importancia se va dando, sin pensar que lo que en sí lleva escrito, cayó en el olvido hace mucho tiempo... ¡Vaya, que de aquí no me muevo! Aquí puedo estar tranquila, y aunque nadie me haga caso, porque nadie me conoce, yo sé quién soy y con eso me basta.

Un día bajó por el caño del sumidero un objeto brillante, a quien la aguja tomó por una piedra preciosa, aunque no era más que un casco de botella. Al verle, se dirigió a él, y con voz meliflua le dijo:

—Como aquí no hay nadie que esté a la altura de las circunstancias, ni pueda llenar entre nosotros la fórmula que en la buena sociedad se exige para que puedan ponerse en comunicación las personas, veóme obligada a hacer mi propia presentación. Soy un distinguido alfiler de pecho, y supongo que usted será, como parece, un espléndido brillante.

—En efecto; brillo bastante en el mundo, señora—le contestó el pedazo de botella, inclinándose con la mayor finura ante la estropeada aguja: y ambos, creyendo que se hallaban en presencia de objetos de gran valor, y halagados con la importancia que recíprocamente creían proporcionarse con su trato respectivo, se pusieron a hablar del mundo de ellos conocido.

—Yo—decía la aguja de zurcir,—he vivido mucho tiempo en el lindo costurero de una gran señora, y después, no sé cómo, fuí a caer en poder de una persona que tenía cinco dedos en cada mano; pero ¡qué dedos, Dios mío! En mi vida había visto nada tan estafalario como aquellos dichosos dedos. Toda su diversión consistía en sacarme de mi retiro, donde yo me encontraba tan a gusto sin hacer nada, y en hacerme atravesar de parte a parte cuantos trapos le venían a las manos.

—Esos dedos ¿perteneían a la aristocracia?—preguntó el casco de botella.

—¡A la aristocracia! No por cierto; pero eran tan vanos y presuntuosos como si realmente corriera por sus venas la más pura sangre azul. Eran cinco herma-

nos, y aunque los cinco eran dedos de nacimiento, no había dos iguales. Al primero le llamaban el pulgar; figúrese usted de dónde le vendría el nombre. Era corto, grueso, no tenía más que una articulación en la espalda y se pasaba la vida haciendo reverencias a los otros. Sin embargo, era tan presuntuoso, que le oí decir en más de una ocasión que si el se separaba de la mano del hombre, el hombre no podía ser soldado. Junto a él estaba uno que le gustaba mucho lo dulce; le llamaban el goloso, y sentía constantemente un vivo afán por meterse en todo y probarlo todo. Estaba siempre señalando al sol y a la luna y de él se servía la mano para hacer las letras cuando escribía con los dedos. A su lado estaba el hermano mayor; ocupaba una posición intermedia entre los demás dedos, pero su cabeza sobresalía por encima de todos ellos. Banda de oro, que le seguía, recibía este nombre de un anillo de oro que jamás se quitaba. Y, por último el pequeño, que en nada se ocupaba, y parecía estar de ello muy orgulloso. Los cinco vinieron al mundo siendo unos fanfarrones, y fanfarrones serán mientras vivan. Yo me felicito por haberlos perdido de vista.

—Si a usted le parece—dijo el casco de botella,—descansaremos un rato.

En aquel momento un torrente de agua se precipitó por la alcantarilla y lo arrastró lejos de allí.

—¡Anda, anda! buen descanso te aguarda—dijo para sí la aguja.—Yo en cambio permaneceré aquí tranquila, porque soy demasiado fina para andar rodando por ahí.

Y sin moverse de su sitio, y cegada por su desmedido orgullo pensaba:

—Tengo la seguridad de que procedo de un rayo de sol: el corazón me lo está diciendo a cada momento, ¡Soy tan fina! Además, no hay sino ver el afán con que los rayos del sol me buscan en el fondo de las aguas, para comprender nuestro cercano parentesco. Pero en medio de estas tinieblas, si mi madre me encontrara, si yo tuviera aquel hermoso ojo que me hicieron saltar, lloraría un poco... Pero ¿qué digo? ¡llorar una persona tan distinguida?

Así transcurrió algún tiempo, hasta que un día dos pilluelos, de esos que andan descalzos por la calle, se pusieron a registrar la alcantarilla; ocupación nada agradable, pero que ellos efectuaban de vez en cuando, porque en más de una ocasión les había proporcionado botones, clavos, plumas estropeadas y algunas cosillas más, que para ellos tenían cierto valor.

—Bueno, bueno; aquí tenemos un camarada—gritó uno de ellos al tropezar con la aguja.

—Yo no soy camarada de nadie,—replicó ella con aspereza;—yo soy una señora.

Pero nadie prestó atención a sus palabras. A la pobre se le había caído el lacre y se había quedado completamente calva. Además, a causa de la humedad, se había puesto negra; pero su orgullo le hizo creer que el color negro viste más, y se consideraba aún más hermosa que antes.

—Aquí viene—dijo uno de los muchachos,—un cascarón de huevo navegando a toda máquina: embarquemos en él la aguja.

—¡Magnífico!—exclamó ésta al verse dentro.—Mi negra hermosura resaltará mejor en este salón tapizado de blanco. Ahora sí que me van a ver bien. Por supuesto que ni me debo marear, ni habrá de ocurrirme ningún contratiempo.

Y así fué, en efecto; ni se mareó, ni le ocurrió nada en el largo viaje que estaba haciendo por alta mar.

Para no marearse—decía,—no hay como tener un estómago de acero y no olvidarse de la propia importancia.

Tales eran los agudos pensamientos que llenaban por completo el reducido entendimiento de la aguja mientras navegaba en la cáscara de huevo en medio del arroyo. De pronto se les vino encima la enorme rueda de un carro.

—¡Gran Dios! ¿qué va a pasar aquí?—exclamó la aguja al sentir que crujía el cascarón.—¡Yo me pongo mala! ¡Me va a dar algo!

Estas fueron sus últimas palabras.

Aquella descomunal rueda cayó también sobre ella, y aplastóla para siempre, reduciéndola a la nada en justo castigo de su excesivo orgullo y necia petulancia.—ANDERSEN.

PENSAMIENTOS

El amor se parece a la luna: cuando no crece es preciso que mengüe.

ANÓNIMO.

Los locos tienen el corazón en la boca, y los cuerdos la boca en el corazón.

SAAVEDRA FAJARDO

Un genio es una fábrica; un erudito, un almacén.

BALMES

No basques hombres intrépidos entre los ricos.

NAPOLEÓN

El saber quita un grado de valor, y el saber contar quita dos.

HIPPEL

Hay muchas personas cuya facilidad en hablar no procede más que de cierta impotencia para estar callados.

CIRANO DE BERGERAC

Si encuentras varias mujeres riendo, sigue adelante tu camino.

PITÁGORAS

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

—No me interrumpáis, caballero... Como el que me halló en medio del camino tenía un corazón noble y dispuesto a la compasión, no titubeó ni un instante respecto al partido que había de tomar en aquella ocasión.

—¡Una hija de un marino de Dordrecht!... exclamó. ¿Quién sabe si el padre de esta niña habrá servido a mis órdenes?... Sea de esto lo que fuere, yo la prohijo desde este momento.

En seguida dirigiéndose a los habitantes de aquella pobre choza:

—¡Buenas gentes!, les dijo, ayudadme por lo pronto en esta buena acción. El viaje que he emprendido es bastante largo, y me es imposible ir cargado con este precioso tesoro; tomadle a vuestro cargo por un poco de tiempo, que yo satisfaré todo cuanto se gaste en su educación.

Entonces, echando sobre la mesa un puñado de oro:

—Esta cantidad, les dijo, servirá para pagar al ama que ha de criar a esta hermosa niña; cuando se haya concluido, venid a pedirme el dinero que os haga falta.

—¿Y a dónde hemos de ir, y por quién hemos de preguntar?, dijo entonces una mujer que estaba hablando al lado de la lumbre.

—Es verdad, replicó aquel excelente hombre..., necesitáis una contraseña por la cual pueda yo conocerlos; no había caído en ello.

Al mismo tiempo se quitó del cuello esta crucecita que estaba pendiente de un cordón de seda.

—Tomad esta cruz, les dijo, por ella sabréis quién soy... ¡Adiós!

Sin aguardar más respuesta volvió a montar a caballo y desapareció.

El carbonero, después de haber examinado bien la cruz se acercó a la tea, única luz que allí había y leyó escritas en la alhaja las siguientes palabras:

JUAN DE WITT, GRAN PENSIONARIO DE HOLANDA

—Convengo en que la aventura es interesante, dijo el capitán, interrumpiendo nuevamente a Lidia.

—Pues aun no he concluido, dijo la joven. El gran pensionario no se contentó con aquel primer beneficio, sino que cumplió religiosamente cuanto había prometido. Desde aquel momento ha cuidado constantemente de mi educación, y a él le debo el no haber sido víctima de la miseria a que parecían haberme condenado las circunstancias que acompa-

ñaron mi nacimiento. Si he sido educada con toda la delicadeza de una hija de buena casa, si soy la mejor arpista de toda Holanda, a él y a nadie más es a quien debo agradecerlo. Ya veis que Juan Witt ha hecho conmigo las veces de padre, y por consiguiente no podéis menos de conocer que no es posible que yo dé mi mano y haga dueño de mi corazón al hombre que acaba de insultarle tan atrocemente en mi presencia.

El capitán de la guardia cívica se levantó segunda vez, y olvidando en seguida lo que Lidia acababa de referir:

—Convengo, dijo, en que ésa es una acción laudable, pero demasiado común para que me haga prescindir del mal que los dos hermanos Witt han hecho a la patria. Me es más sensible de lo que podéis figuraros el tener que renunciar a la dulce esperanza que de que llevaseis mi nombre había concebido con algún fundamento. Vos me despedís, y yo obedezco y me retiro; pero os lo he dicho ya y lo repito: en este desvío hallo una razón más para hacer una guerra a muerte a esos dos perros adictos al partido francés.

En seguida se marchó sin casi saludar, dejando a Lidia y a la señora Jacinta sumidas en el más profundo dolor.

II

LA TABERNA DEL GALLO NEGRO

En aquella época sucedía en Holanda lo que sucede en todas las democracias, turbulentas por naturaleza. Cualquier palabra, por insignificante que fuese, exaltaba los ánimos contra el infeliz a quien iba dirigida la alusión, y por seguir su quimera o por obedecer a las influencias de partido, aun los mismos hombres que bajo otro aspecto eran recomendables, rompían, sin embargo, de repente con las personas que les eran más queridas.

Enrique Veroef, intrigante activo y tribuno amado del pueblo, había sido escogido hábilmente como lazo de unión entre los orangistas y los republicanos exaltados. Nadie sabía explotar mejor que él, en daño de los gobernantes, los desastres de la última guerra. A ninguno se le creía más pronto, bajo su palabra, todo cuanto se le antojaba decir, fuese falso o verdadero. En vano había tratado el amor de hablarle: la pasión política, más difícil de sujetar que los tigres y los leones de la fábula, podía más en él que ninguna otra afección. La vanidad hacía todo lo demás; si por una parte los demócratas halagaban el amor propio del capitán con hacer de él uno de los jefes de la guardia cívica, por otra los amigos del príncipe despertaban en él la ambición, haciéndole entrever en perspectiva el patronazgo del joven Federico Guillermo de Orange, futuro Estatúder. Estas dos causas principales de oposición iban unidas en el ánimo del platero a la antipatía natural que tenía a los dos hermanos Witt. Si a esta enemistad, tan bien mantenida por los hombres de ambos partidos, se añade ahora la predilección que Lidia acababa de manifestar hacia los Witt, no costará trabajo el comprender que el resentimiento de Veroef contra los dos ilustres hermanos, rayó muy pronto en frenesí. Así es que al salir de la miserable casita del arrabal, iba diciendo entre dientes:

—Por más que diga Lidia en su abono, los dos perros caerán antes de un mes, o yo perderé el nombre que tengo.

Pero al mismo tiempo la figura radiante de la joven arpista se le aparecía en todo su esplendor, turbándole aquel recuerdo de suerte que parecía iba a volverse loco al pensar que la había perdido para siempre sin remedio.

—¡Qué hermosa es!... repetía a cada instante. En todas las Provincias Unidas no hay otra más a propósito para ocupar la mejor tienda del Haya, que es la mía. ¡Qué ojos tan hermosos!... ¡Qué habilidad musical!... Pero la salud de la república es antes que toda otra consideración. El que es verdadero amigo del pueblo no tiene más que una palabra. ¡Los dos hermanos son unos traidores, y es preciso que mueran!...

—¡Bien dicho, compadre!... Esos son los sentimientos en que debéis permanecer constantemente.

¡Bien dicho!... repitió una voz gruesa en la sombra.

Enrique Veroef se volvió con toda la rapidez que le fué posible hacerlo, y se encontró cara a cara con un hombrecillo pequeñuelo y regordete, que se apoyaba en un bastón con puño de marfil.

Este personaje, cuyo principal mérito consistía en un abdomen asaz prominente, era nada menos que el regidor Van-Beuning, antiguo cervecero, y en la actualidad magistrado por elección popular. El tal regidor era una caricatura viva. Su rostro, parecido a una media fuente, por su forma ovalada, estaba adornado con unas narices semejantes al cuello de una botella; sus ojos, pequeños y saltones, no tenían ninguna expresión, y una boca de oreja a oreja, colocada sobre una barba apenas perceptible, formaban el conjunto de aquella extravagante fisonomía.

A despecho de su complexión apoplética, aquella especie de tinajón con patas representaba, o al menos parodiaba, el papel de un Graco. Suficientemente rico para vivir sin necesidad de mezclarse en nada, el demonio de la política se había apoderado de él sin embargo, en tal disposición, que rabiaba por representar un gran papel en los disturbios que agitaban entonces a Holanda. Bajo un exterior democrático, ocultaba, siguiendo la costumbre de la época, una soberbia y una altivez desmedidas. Citaban respecto a esto un rasgo del excervecero que merece ser referido.

Dos años antes de la época a que vamos haciendo referencia, es decir, en 1670, habiendo sido enviado a París con cierta comisión del gobierno, quiso abolir en cuanto de él dependía la etiqueta de la corte, y se presentó a Luis XIV con la cabeza cubierta. Cuando estuvo de vuelta en Holanda, mandó acuñar a su costa una medalla, en la cual agotó todo su ingenio para poner en ridículo el emblema del rey de Francia, representado como todo el mundo sabe por un sol radiante. El asunto de la embajada estaba reproducido en aquella medalla, en la que se leía la siguiente inscripción sacada del libro de Josué: *Conspectu meo stetit sol*, lo cual traducido quiere decir: «A mi aspecto se detuvo el sol». Ciertamente es que, en virtud de las representaciones de Louvois, esta insolente medalla dejó de circular bien pronto; pero el rey de Francia, que quería, ante todo, ser respetado en Europa, hizo firme propósito de castigar con mano fuerte a la nación que toleraba semejantes insultos contra su augusta persona. Si la expedición contra Holanda fué motivada por razones de alta política, este agravio no fué tampoco extraño a aquella medida de rigor.

(Continuará)

RECETAS CULINARIAS

Arroz a la valenciana

En una sartén de dimensiones convenientes se echa aceite o manteca de cerdo en proporción a la cantidad de arroz que se intente guisar. Cuando esté bien caliente se echan en ella dos o tres pimientos cortados a lo largo en dos o tres partes, y después de cocidos se sacan. Una vez retirados los pimientos fritos de la sartén, se hacen freír en ella trozos de lomo de cerdo, salchicha, pollo y de pato, todo hecho pedazos. Cuando estas viandas estén algo doradas, se añaden dos o tres dientes de ajo mondados y cortados en dos, tomate, sal, azafrán, pimiento encarnado, perejil y, si se quiere, un ramito de hierbabuena; se fríe bien todo esto con las carnes, dándole continuamente vueltas. Se tienen mondadas las siguientes hortalizas: una libra de judías verdes desgranadas, otro tanto de guisantes y media docena de alcachofas; se echan en la sartén y se le dan dos o tres vueltas para que se rehoguen. Se tiene preparada agua bien caliente en un puchero, y, si fuese caldo, mejor, y se le echa en la cantidad que la experiencia estime necesaria, pues ya hemos indicado que el buen éxito de este guiso depende en gran parte del acierto en poner esa cantidad de líquido. Se deja hervir hasta que todos esos ingredientes estén cocidos. En seguida se aviva más el fuego, y si antes de echar el arroz se viera que el caldo no ha de ser suficiente, se le puede aún añadir, pero siempre caliente, de manera que no se interrumpa el hervor, y cuando haya cocido un poco más, se echa el arroz suficiente, se hace hervir muy fuerte y en seguida se ponen por encima los pimientos fritos que al principio se sacaron de la sartén. Si se quiere que el arroz sea, como se suele decir, *un arroz completo*, se fríen aparte anguilas y algún otro pescado, y se añaden a la paella en cuanto el arroz haya dado el primer hervor. Cuando éste esté a medio cocer, se disminuye bastante el fuego y se le deja que se acabe de apurar, sin tocarlo ni menearlo para nada. Al cabo de un cuarto de hora estará probablemente a punto. Se le saca y se sirve.